



Resumen Taller 84: La esencia del cristianismo. Liberación de la culpa, camino al perdón

A lo largo del camino de la iglesia muchos nos hemos cuestionado sobre cuál es la esencia de nuestra religión, qué es lo que sostiene y le da un soporte y un equilibrio a nuestro caminar como cristianos creyentes de la vida de Jesús en la vida del hombre y en su desarrollo como personas, es por ello primordial reconocer que dicha esencia conste en algo concreto que es el reino de los cielos.

Al hablar del reino de los cielos, lo primero que se nos viene a la mente es un lugar en concreto, ya que en varias ocasiones escuchamos textos bíblicos que hacen referencia a este supuesto lugar, al grado que se nos invita a vender y dejar todo lo que tenemos para comprar ese lugar tan valioso, pero San Pablo en una de sus cartas es claro y directo cuando nos dice, que: “el reino de los cielos ya está en medio de nosotros”, es claro que no se refiere a un lugar, sino a una persona en concreto, Jesús de Nazaret.

Así vemos que en el reino de los cielos, Jesús, es el regalo de Dios padre a la humanidad y este regalo tan hermoso nos enseñó que el Amor es Dios y en el Amor, nos movemos todos para conocer, amar y seguir a Dios en la persona de su Hijo Jesús, durante el tiempo de Jesús descubríamos estas constantes preguntas, como San Pablo en la carta a los romanos nos muestra ¿Quién va a hablarnos de Dios? ¿Quién va a darlo a conocer? ¿Quién lo va a enviar?, y la respuesta es clara Jesús es el único testigo que puede con Verdad absoluta y total hablarnos de Dios por Él es Dios.

Es por ello que Jesús llamó a sus discípulos para que se instruyeran en ese conocer a Dios y después de aprender serán quienes tengan la responsabilidad de enseñarlo. La esencia del cristianismo es Dios, en la Persona de su Hijo y el Mensaje del Hijo que es el Amor en la Misión de la Iglesia con sus (discípulos) de predicarlo siempre.

La Clave es: Dios Uno y Trino, revelado en Jesús, transmitido por la Iglesia a todo el mundo y el mensaje es el Amor y el Amor es Cristo y Cristo es Dios. Y partiendo de este Amor que es Dios mismo descubrimos que el que perdona y al que se le perdona siente y vive una auténtica liberación, por eso Cristo dejó a la Iglesia; para que sus ministros en nombre del mismo Cristo perdonen al pecador que se arrepiente para que sea libre y no exista más, la culpa. Recuerda que la culpa nos lleva a buscar el perdón. Cuando la persona vuelve del pecado para poner su fe en Jesucristo, su pecado es perdonado.



“¿Cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga?”. Esta pregunta de Pedro es siempre actual para un cristiano: ¿Dónde está el límite de nuestro perdón? ¿Tenemos que perdonar las ofensas siempre de nuevo y sin medida? Jesús nos da una respuesta muy clara: *La medida del perdón es la medida del amor*. Y nuestra obligación es amar sin límites y, en consecuencia, también tenemos que perdonar sin límites. De modo que no nos queda más remedio que perdonar siempre.

Y para ayudarnos a comprender el rigor de su mandamiento, Jesús relata la parábola del siervo malvado: “Un rey quiso ajustar las cuentas con sus empleados, le presentaron uno que debía mil talentos.” Se trata de una suma fabulosa, que probablemente no tiene ninguno de nosotros. Pero debemos entender la parábola en su sentido simbólico. Dios mismo es el rey de la parábola.

La suma enorme significa nuestra gran deuda para con Dios. En resumen, la parábola nos dice lo siguiente: para que Dios nos perdone nuestras innumerables faltas, tenemos que cumplir con dos condiciones:

1. La primera condición es reconocer ante Dios que somos pecadores, deudores. La primera señal de la presencia del Espíritu Santo en un alma, es que se reconozca culpable, por eso, los santos se ven cubiertos de faltas. Pero la mayor parte de la gente, que tienen poco de santos, se creen personas buenas, sin pecados: no roban, ni matan, ni cometen adulterio, por eso se aprovechan tan raramente del sacramento de la confesión, en el cual el hombre se reconoce pecador ante Dios.
2. La segunda condición para ser perdonados es, que también nosotros perdonemos a los demás. Estamos rehusando el perdón de Dios si lo negamos a los demás. No existiría el infierno, si los hombres hubieran imitado la misericordia de Dios. Porque el infierno es el lugar donde no se perdona ni se quiere ser perdonado.

Nosotros como familia Lasallista nos preguntarnos si hemos podido descubrir este regalo de Dios que es el Amor en persona, este gran reino de los cielos, que al querer dejar lo que tenemos, egoísmo, rencor, resentimiento, deseos de lastimar, no querer perdonar, la diferencia y millones de obstáculos que podamos tener, por ese reino de los cielos, que al perdonar y ser perdonados encontraremos en nuestra familia el verdadero fundamento que es el Amor, pero no un amor que se cree un sentimiento o una emoción, sino un Amor que es una persona en concreto que es pilar y fundamento de nuestra fe, Jesucristo.